

ALGUNAS CUESTIONES EN TORNO AL PERÍODO ORIENTALIZANTE TARTÉSICO¹

M. E. AUBET SEMMLER

EL ORIENTALIZANTE

Las excavaciones realizadas durante estos últimos años en la cuenca del Bajo Guadalquivir y en Huelva, territorio donde la tradición escrita sitúa a Tartessos, han aportado una serie de secuencias y de novedades arqueológicas que han permitido, en muy poco tiempo, desmitificar el concepto tradicional del mundo tartésico y valorar, en su justa medida, un horizonte cultural indígena que, con raíces en la edad del Bronce, entra en contacto con el elemento colonial fenicio durante los siglos VIII-VI a. C. En qué medida el establecimiento de los emporios fenicios del litoral del Estrecho estimuló una serie de transformaciones de tipo sociocultural, económico y artístico entre estas poblaciones del interior y qué problemas derivan del estudio de este período orientalizante hispánico, constituyen cuestiones importantes y actuales de la Protohistoria peninsular. Este estudio quiere ser un intento de aproximación a esta problemática y con ello no se pretende, por tanto, aportar soluciones, sino plantear cuestiones e hipótesis de trabajo.

En el Mediterráneo, el horizonte cultural denominado «Orientalizante» corresponde a un período muy concreto de la Protohistoria que afectó, de forma desigual, a Grecia, Italia y el sur de España. La incidencia del desarrollo de esta facies mediterránea vino condicionada por diversas circunstancias geopolíticas y económicas que, lógicamente, difieren de una región a otra, y la respuesta del sustrato indígena a la acción de la influencia oriental reviste, por ello, formas

1. El original en alemán de este texto se publica en las actas del Symposio «Die phönizische Expansion im Westlichen Mittelmeerraum» (Köln, abril de 1979).

y características muy diversas. Globalmente analizado, sin embargo, el período orientalizante representa una fase decisiva de transición entre las culturas protohistóricas y geométricas del Mediterráneo y la civilización histórica clásica — la etrusca o la ibérica — y el acceso definitivo de estas poblaciones a formas de vida urbana.

Si se admite que los distintos focos orientalizantes del Mediterráneo presentan peculiaridades propias dentro de unas características relativamente uniformes, no es de extrañar que este período sea uno de los más difíciles de definir. En Grecia e Italia, por ejemplo, se trata de un fenómeno de difusión e imitación de objetos, temas e ideología orientales nacido de las grandes corrientes de tráfico marítimo de los siglos VIII y VII a. C. y que afecta, principalmente, a los lugares en que existe una mayor concentración de riqueza y una mayor demanda de bienes de lujo, esto es, los santuarios griegos o las zonas mineras de Etruria. Si en Grecia este fenómeno está íntimamente relacionado con el establecimiento de los emporios griegos en la costa siria desde mediados del siglo VIII a. C. y, en consecuencia, con la intensificación de las relaciones económico-culturales con Oriente,² en el Lacio y en Etruria el fenómeno orientalizante se presenta mucho más complejo y nace del estímulo conjunto de las influencias griega, siria y fenicia que, por vía directa o indirecta, penetran en Italia desde finales del siglo VIII a. C. En este proceso es sin duda la componente griega la que predomina sobre las demás, jugando las colonias euboicas de Pithecoussa y Cumas un papel principal como intermediarias entre Oriente y Occidente.³ En la Italia central, la facies orientalizante conlleva una aceleración tal en el proceso económico y sociocultural de las comunidades locales, que estimulará las condiciones esenciales para la formación de la sociedad urbana del período arcaico del siglo VI a. C.

2. Para estas cuestiones véase, en especial, T. J. DUNBABIN, *The Greeks and their Eastern Neighbours*, London, 1957, 25-28 y 44; F. POULSEN, *Der Orient und die frühgriechische Kunst*, Leipzig, 1912, 83 s., 100 y 108 ss.; M. PALLOTTINO, *Orientalizzante*, Enciclopedia Universale dell'Arte, X, 1963, 223-227.

3. I. STRÖM, *Problems concerning the Origin and Early Development of the Etruscan Orientalizing Style*, Odense Univ. Press, 1971, 201-205; G. COLONNA, *Preistoria e Protostoria di Roma e del Lazio*, en *Popoli e Civiltà dell'Italia antica*, III, Roma, 1974, 309; B. D'AGOSTINO, *Tombe «principesche» dell'Orientalizzante Antico da Pontecagnano*, en *Mon. Ant. Acc. Lincei*, Serie Miscelánea II, 1, 1977, 45; A. BEDINI-F. CORDANO, *L'ottavo secolo nel Lazio e l'inizio dell'orientalizzante antico, alla luce di recenti scoperte nella necropoli di Castel di Decima*, en *Parola del Passato*, CLXXV, 1977, 303-308; a propósito de Pithecoussai-Ischia, cf. G. BUCHNER, *Nuovi aspetti e problemi posti dagli scavi di Pithecusa*, en *Contribution à l'étude de la société et de la colonisation eubéennes*, Cahiers Centre Jean Bérard II, Naples, 1975, 85; G. BUCHNER-G. GARBINI, *Testimonianze epigrafiche semitiche del VIII secolo a. C. a Pithekoussai*, en *Parola del Passato*, CLXXIX, 1978, 130-150; A. M. BISI, *La presenza fenicia in Italia nei primi tempi della colonizzazione greca*, Magna Grecia, anno XIII, 5-6, 1978, 12.

A medida que se aleja de sus fuentes originales, el fenómeno orientalizante adquiere mayor complejidad, desarrollándose con más fuerza el sustrato autóctono. A diferencia de Italia, en Tartessos este horizonte nace casi exclusivamente de la componente fenicia, lo que le convierte en un fenómeno más «oriental» que orientalizante. En el sur de la Península Ibérica, el establecimiento permanente durante varios siglos de las ciudades fenicias del Estrecho y su contacto directo con las comunidades tartésicas del interior inmediato, impulsarán un proceso cultural más «puro» que, sin embargo, plantea numerosos problemas de interpretación. A título de ejemplo, la individualización de la componente cultural fenicia de raíz oriental de la de raíz occidental o «provincial», que tuvo tiempo de desarrollarse en Occidente, y a su vez, la diferenciación de ambas con respecto a la componente tartésica orientalizante y a la componente tartésica de tradición local, constituyen aspectos que no siempre resultan fáciles de determinar.⁴

De ahí que el interés de este período en Tartessos rebase la simple identificación de focos artesanos o la identificación de importaciones o imitaciones locales, puesto que la facies orientalizante implica un proceso mucho más vasto y complejo, que corresponde a un período cronológico, el de los siglos VII y VI a. C., que debe ser considerado como el paso decisivo de transición de unas comunidades proto-urbanas hacia la vida urbana. Ello hace necesario el estudio, no sólo de las manifestaciones de cultura material (jarros de bronce, marfiles, orfebrería), sino de las transformaciones internas de tipo económico y social que la influencia fenicia provocó, estimuló o aceleró entre las poblaciones indígenas locales.⁵

LOS ESTABLECIMIENTOS FENICIOS Y LAS COMUNIDADES TARTÉSICAS DEL BRONCE FINAL

Es indudable la importancia que tuvo el establecimiento de las colonias y factorías fenicias en el litoral del Estrecho de Gibraltar para determinar el origen y desarrollo de la facies orientalizante tar-

4. Acerca de los «regionalismos» en el arte fenicio del Mediterráneo, cf. S. MOSCATI, en *RSF*, I, 1973, 127; *Id.*, *Problematica della civiltà fenicia*, en *SS.*, 45, Roma, 1974, 105 y 111-112; *Id.*, en *RSF*, II, 1974, 6-9; *Id.*, *I cartaginesi in Italia*, Roma, 1977, 307; M. E. AUBET, *Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir*, I, en *St. Arch.*, 52, 1979, 66-67.

5. La primera valoración de la facies orientalizante tartésica se debe a los estudios de A. GARCÍA BELLIDO, *Materiales de arqueología hispano-púnica*, en *AEArq.*, 29, 1956, 85-104; *Id.*, *Algunas novedades sobre la arqueología púnico-tartésica*, en *AEArq.*, 43, 1970, 3-49; A. BLANCO, *Orientalia*, en *AEArq.*, 29, 1960, 3-51; J. MALUQUER, *Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos*, en *I Symp. P. P.*, 1959, 282. Toda la bibliografía, en general, recogida por J. M. BLÁZQUEZ, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca 1975, espec. 211.

tésica. En efecto, a pesar de la falta de datos relativos a la Gadir arcaica y, en consecuencia, acerca de los inicios de la colonización fenicia en el extremo Occidente, se sabe hoy que las colonias fenicias del litoral de Granada, Málaga y Cádiz ya estaban fundadas desde mediados del siglo VIII a. C. Esta actividad tan temprana está perfectamente documentada en Toscanos, Chorreras y Mezquitilla, y la arqueología demuestra que el auge económico de las colonias no se inicia hasta aproximadamente el 700 a. C., culminando su poderío económico a lo largo de todo el siglo VII a. C.

De sumo interés para estos estudios resulta la situación geográfica de las colonias fenicias. Si bien la mayoría de ellas están localizadas junto a la desembocadura de un río, como Adra, Mezquitilla, Toscanos, Guadalhorce y Guadarranque, este emplazamiento no parece haberse elegido por razones exclusivamente estratégicas como vías de penetración al interior. A espaldas de las colonias fenicias se eleva una abrupta cadena montañosa a lo largo de todo el litoral — los primeros contrafuertes del Sistema Penibético —, que constituye casi una frontera natural. Sin duda, los pasos de Vélez-Zafarraya, en Toscanos, y sobre todo la vía del Guadalhorce, en Málaga, fueron importantes caminos de comunicación prehistórica pero, a juzgar por los hallazgos, no parecen haber revestido una importancia básica para la vida de las colonias fenicias. Si bien se documentan ciertos contactos entre el litoral y las poblaciones del interior, los hallazgos fenicios en el *hinterland* inmediato — Granada y zonas limítrofes — no reflejan, ni mucho menos, un intenso tráfico comercial en la zona,⁶ y la aparición en dicha región de esporádicas importaciones fenicias, en ocasiones descubiertas junto a cerámicas tartésicas, parece abonar la hipótesis de una mayor utilización de las vías de comunicación procedentes del Valle del Guadalquivir, esto es, de Tartessos.

Por otro lado, no hay que olvidar que la colonia fenicia más importante de la Península se encuentra situada precisamente a la entrada del Valle del Guadalquivir, que constituyó el acceso natural por excelencia hacia el interior y, sin duda, la ruta más frecuentada por el comercio fenicio, cuya finalidad primera, tal como atestigua la tradición escrita, fue la obtención de los metales de la Sierra Morena y del noroeste, es decir, la plata, el cobre y el oro. Este intenso tráfico comercial por la vía del Guadalquivir, sus afluentes y por el Guadiana, está plenamente comprobado por los hallazgos arqueológicos y, de modo especial, por el resultado inmediato de tales contactos económicos, es decir, la facies orientalizante tartésica. Así, el

6. Una excelente visión general, en H. G. NIEMEYER, *Orient im Okzident*, en *MDOG*, 104, 1972, 31 y 38 ss.; véase también H. SCHUBART, *Morro de Mezquitilla 1976*, en *MM*, 18, 1977, 56-57.

establecimiento de las colonias fenicias al este de Gadir, en una zona poco propicia al comercio terrestre, parece haber estado en función de la gran metrópoli occidental, Gadir, seguramente en calidad de bases de apoyo a la navegación y, sobre todo, en base a un control estratégico de acceso al territorio tartésico a través de la capital fenicia.

A la llegada de los fenicios, el área tartésica del Bajo Guadalquivir y Huelva está ocupada por unas poblaciones con cultura del Bronce final, cuyas raíces étnico-culturales hay que buscar en las comunidades del Bronce asentadas durante el segundo milenio a. C. en el sudoeste peninsular. Gracias a los estudios y excavaciones realizados durante estos últimos años, disponemos en la actualidad de un buen número de datos que añadir a los yacimientos tartésicos conocidos desde hace tiempo — Mesas de Asta, Carmona y Carambolo —, habiéndose establecido secuencias estratigráficas en los poblados de Quemados, cabezos de Huelva (San Pedro y la Esperanza), Cerro Macareno, Setefilla y Valencina de la Concepción, las cuales han permitido obtener una más amplia y científica visión de conjunto para el estudio del desarrollo de estas comunidades indígenas durante los siglos VIII-VI a. C. Por otra parte, la excavación de dos interesantes necrópolis tartésicas, las de La Joya y Setefilla, ha ampliado el conocimiento de los sistemas funerarios de este período, que hasta hace poco quedaba circunscrito a los materiales de las viejas excavaciones de Cruz del Negro, Acebuchal, Entremalo, Bencarrón y Osuna.

En un momento determinado de la vida de estas poblaciones, en torno al 700 a. C., se inicia la penetración generalizada de importaciones fenicias hacia el interior, iniciándose con ello un proceso de «aculturación» que conducirá, a lo largo de los siglos VII y VI a. C., a una serie de cambios culturales conocidos con el nombre de horizonte tartésico orientalizante, considerado como el apogeo cultural de la población indígena bajo el impacto mediterráneo. Sin duda, el aspecto más espectacular de este proceso lo constituye la aparición de la orfebrería «tartésica» (tesoros de Aliseda, Carambolo, Ébora, Sines), de los oinochoes de bronce y vidrio y de los marfiles de la región de Carmona que, junto con la cerámica de importación rebasan ampliamente, en su área de difusión, los límites del territorio tartésico y aparecen jalonando las grandes vías naturales, terrestres y marítimas, de acceso a las cuencas mineras del sudoeste y noroeste peninsulares.

Han sido precisamente tales materiales de lujo los que han originado mayores controversias entre los especialistas, al no haberse podido determinar su naturaleza, bien sea como obras de importación fenicia o bien como simples imitaciones locales. Por lo general, el análisis de estos materiales se enfoca bajo la óptica de una evolución

local y bajo criterios exclusivamente de estilo: tras una fase de importaciones, seguiría en Tartessos un período de imitación de obras fenicias por parte de los artesanos locales, que constituiría la fase orientalizante propiamente dicha. El problema, sin embargo, es mucho más complejo, por cuanto falta todavía delimitar la impronta «occidental» en el arte fenicio, cada vez más alejado de sus fuentes originales y que, en el área de Gadir, pudo evolucionar por reducción y agotamiento de elementos orientales o, por el contrario, manteniendo rasgos arcaizantes desaparecidos ya en el Mediterráneo, como sería el caso de la producción de marfiles o de cerámica en los talleres del interior.⁷

No obstante, la facies orientalizante implica un fenómeno cultural mucho más amplio, siendo la producción artesanal tan sólo uno de sus aspectos. El estudio de este período supone, necesariamente, la búsqueda de las raíces del proceso, la situación sociocultural de las comunidades tartésicas a partir del estímulo colonial fenicio y, en consecuencia, las transformaciones que se desarrollan tanto en las estructuras del hábitat como en sus bases económicas, sociales y artesanales, con toda la problemática que encierra un desarrollo de este tipo.

CUESTIONES EN TORNO AL PERÍODO ORIENTALIZANTE TARTÉSICO

1. *Poblamiento, hábitat y economía*

El marco geográfico en que se desenvuelve el desarrollo de las comunidades tartésicas del Bronce final es muy elocuente y, en base a la cronología relativa que proporcionan las primeras cerámicas fenicias importadas, puede decirse que estamos ya en condiciones de configurar un cuadro aproximado de lo que acontece en el sudoeste hispano durante los siglos VIII-VI a. C.

Sin excepción, los poblados tartésicos conocidos se encuentran situados a lo largo de las principales vías de comunicación hacia los recursos mineros del interior, ya sean redes fluviales o las viejas rutas de transhumancia, muy frecuentadas ya desde la Prehistoria. Así, el hábitat de Huelva, emplazado en los cabezos de San Pedro y la Esperanza, domina claramente el estuario de los ríos Tinto y Odiel y, en consecuencia, la principal vía de acceso a las minas de plata y cobre de Ríotinto. Los poblados tartésicos situados a orillas del Guadalquivir — Mesas de Asta, Coria, Carambolo, Macareno, Valencina o Sete-

7. S. MOSCATI, *Interazioni culturali nel mondo fenicio*, en *RSF*, II, 1974, 5 ss.; M. E. AUBET, *La cerámica púnica de Setefilla*, en *St. Arch.*, 42, 1976, 23-24; *Id.*, en *St. Arch.*, 52, 1979, 64; H. SCHUBART, *Westphönizische Teller*, en *RSF*, IV, 1976, 191-192.

filla — controlan, de hecho, la principal arteria de comunicación de todo el sur de España y el acceso más fácil hacia las cuencas mineras de Sierra Morena y Extremadura (plata, cobre y oro). Situados todos ellos en promontorios no demasiado elevados, dominan asimismo el paso de viejas cañadas ganaderas que se dirigen hacia la Meseta, como son los casos de Setefilla y el área de Los Alcores de Carmona. Resulta evidente, pues, que la situación de los poblados tartésicos y otros afines situados en la periferia — Quemados, Cástulo — obedece a una doble finalidad: por un lado, un objetivo estratégico y por otro una motivación económica. Los hallazgos más septentrionales de Medellín, Valdegamas, Siruela, etc., demuestran que la vía del Guadiana, afluentes del Guadalquivir y caminos de ganado que parten de la zona de Alcalá o Lora del Río, están asimismo dominados por núcleos de población tartésica. Es ésta la célebre vía romana de Hispalis a Asturica Augusta, que unía el Valle del Guadalquivir con el noroeste peninsular y que constituye la vieja cañada de transhumancia, en la que sin duda Aliseda representó un importante jalón.⁸

Por todo ello parece claro que el acceso a los recursos mineros del interior está controlado, desde un principio, por las comunidades tartésicas, las cuales, gracias al progreso conseguido a través del comercio fenicio, parecen haber estado en situación de imponer condiciones a la penetración de los fenicios hacia el interior del país y al acceso a sus recursos naturales. Sin embargo, esta situación no presupone necesariamente la existencia de un antagonismo entre ambas comunidades; por el contrario, existen indicios claros de que ambas se beneficiaron de unos intercambios en los que la población indígena proporcionaba la materia prima y los fenicios la comercializaban.⁹

La cuestión principal estriba en determinar cómo y cuándo esta población indígena levantó sus poblados con unos objetivos en principio económicos. Los orígenes del mundo tartésico en el Bajo Guadalquivir son todavía hoy poco conocidos y apenas hay datos arqueológicos de la segunda mitad del II milenio a. C. y principios del primero. Durante la Edad del Bronce, parece que el poblamiento se reduce a pequeños grupos aislados, conocidos a través de sus enterramientos de cistas, en Huelva y parte de Sevilla.¹⁰ Para el cambio

8. M. E. AUBET, *La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río*, CSIC, 1973, 159; M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce final y el período Orientalizante en Extremadura*, en *BPH*, XIV, 1977, 204 y 484.

9. Cf. J. MALUQUER, *op. cit.*, 274-281.

10. M. DEL AMO, *Enterramientos en cista de la provincia de Huelva*, en *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, 1975, 109 ss.; M. BELÉN-M. FERNÁNDEZ-MIRANDA-J. P. GARRIDO, *Los orígenes de Huelva*, en *Huelva Arqueológica*, III, 1977, 371; F. FERNÁNDEZ-D. RUIZ MATA-S. SANCHA, *Los enterramientos en cistas del cortijo de Chichina (Sanlúcar la Mayor, Sevilla)*, en *TP* 33, 1976, 351 ss.

de milenio, los testimonios son prácticamente nulos y, al parecer, el Bajo Guadalquivir pudo estar casi deshabitado desde el período megalítico y campaniforme, época que tuvo aquí especial esplendor.¹¹

Recientes excavaciones arqueológicas y la obtención de secuencias estratigráficas durante estos últimos años en las provincias de Huelva, Sevilla y Córdoba, dejan entrever una situación de profundas transformaciones culturales en la zona, a partir de los siglos IX-VIII antes de Jesucristo.

En la Colina de los Quemados, tras un hiatus prolongado que sigue a un pequeño hábitat del II milenio a. C., se asienta una población con cerámicas bruñidas de gran calidad — estrato 16/17 —, que habita en viviendas de planta circular y que corresponde al horizonte tartésico característico que precede a las primeras importaciones fenicias del siglo VII a. C.¹² Un fenómeno similar se observa en el poblado del Cabezo de San Pedro, en Huelva. Aquí, tras un vacío considerable que sucede a débiles vestigios de población del II milenio a. C. en la zona, irrumpe una población del Bronce final durante los siglos IX-VIII a. C., que se caracteriza por sus cerámicas con decoración bruñida y pintada geométrica de extraordinaria calidad y que precede a las primeras cerámicas fenicias importadas en la zona, hacia el 700 a. C. Poco después de este momento, que representa el núcleo de población más antigua del I milenio a. C. conocido en Huelva, denominado horizonte 5 de San Pedro — estratos XIII-XII —, se amplía notablemente el poblamiento, con la expansión del hábitat al vecino Cabezo de la Esperanza, a mediados del siglo VIII a. C. A partir del nivel XI de San Pedro, la comunidad local entra de lleno en la facies orientalizante, bien representada por la necrópolis de La Joya.¹³

Un desarrollo análogo reflejan los poblados tartésicos de Carmona, Cerro Macareno y Setefilla. En Carmona el período orientalizante del siglo VII a. C. (estrato IV) va precedido de un nivel (estrato V) con cerámicas bruñidas y de la Meseta fechado en el siglo VIII a. C. o antes, período en el que, aparentemente, se inicia el hábitat del I milenio a. C.¹⁴ En Cerro Macareno la primera actividad humana se documenta en el estrato 26, con cerámicas a mano bruñidas y pintadas de gran calidad, fechadas en el siglo VIII a. C.; las primeras importa-

11. A. M. MUÑOZ, *La civilización pretartésica andaluza durante la Edad del Bronce*, en *V SPP* («Tartessos y sus problemas»), 1969, 33 ss.; R. J. HARRISON-T. BUBNER-V. HIBBS, *The Bell Beaker pottery from El Acebuchal, Carmona*, en *MM*, 17, 79-141.

12. J. M. LUZÓN-D. RUIZ MATA, *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*, CSIC, 1973, 11-12.

13. J. M. BLÁZQUEZ-J. M. LUZÓN-F. GÓMEZ, *Huelva Arqueológica I*, 1970, 13-16; M. BELÉN-M. FERNÁNDEZ MIRANDA-J. P. GARRIDO, *Huelva Arqueológica III*, 1977, 24 y 370.

14. J. DE M. CARRIAZO-K. RADDATZ, *Ergebnisse einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona*, en *MM*, 2, 1961, 97-98.

ciones fenicias aparecerán en el estrato 25.¹⁵ Por último, en el poblado de Setefilla el horizonte de las primeras importaciones cerámicas de la zona del Estrecho — estratos IX-VIII — va precedido de una rica facies de los siglos IX-VIII a. C. con cerámicas bruñidas y estructuras también de gran calidad.¹⁶

Hay indicios claros, en consecuencia, de la existencia de un horizonte del Bronce final relativamente homogéneo en el área tartésica, que precede al período orientalizante y que corresponde al momento en que se produce la cerámica tartésica de mayor calidad en todo el sudoeste peninsular. Se trata del mismo horizonte cultural que se documenta en el llamado Carambolo Alto, que proporcionó hace años la célebre cerámica pintada geométrica hecha a mano, asociada a una vivienda de planta circular.¹⁷ Según los datos de que disponemos, esta facies protohistórica se inicia con un desarrollo relativamente rápido y ya floreciente de una población que elige sus emplazamientos en un área prácticamente deshabitada hasta entonces, pero con una situación estratégica privilegiada, desde el punto de vista económico. Las causas de este cambio demográfico y geográfico no deben relacionarse con el problema de los orígenes del pueblo tartésico — puesto que los antecedentes culturales y étnicos de esta población están perfectamente documentados desde el II milenio antes de Cristo en el Sudoeste —,¹⁸ sino buscando las razones de una transformación tan radical en las características y estructura social y económica de estas poblaciones.

En efecto, es evidente que el establecimiento ya permanente de esta población en Huelva y en el Valle del Guadalquivir durante los siglos IX-VIII a. C., con sus extraordinarias cerámicas bruñidas y pintadas y sus cabañas circulares de adobe y cantos de piedra, población de la que se desconocen por el momento sus sistemas funerarios y situada en una zona de considerable valor estratégico, presupone no sólo una importante transformación territorial del hábitat, sino una acusada concentración y un notable incremento de población, con todas sus implicaciones de orden social y económico. Que la elección del hábitat responde a unos objetivos económicos y a su situación

15. M. PELLICER, *La estratigrafía del Cerro Macareno y su contribución a la cronología de la Protohistoria tartésica*, en VIII Sympos. Prehistoria Peninsular («Prehistoria y Protohistoria de la cuenca del Guadalquivir»), Córdoba 1976, Barcelona, 1979 (en prensa).

16. M. E. AUBET-O. ARTEAGA-M. R. SERNA, *Resultados de un corte estratigráfico en la Mesa de Setefilla*, VIII SPP, 1979 (en prensa).

17. J. DE M. CARRIAZO, *Tartessos y el Carambolo*, 1973, 188 ss.

18. H. SCHUBART, *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, en MF, 9, 1975, 147-150.

estratégica, lo demuestra la continuidad de poblamiento en estos mismos lugares hasta época ibérica y romana.

Tradicionalmente se asocian los cambios demográficos de esta envergadura a una serie de fenómenos externos o internos, relacionados a su vez con transformaciones de orden social y económico.

Así, un aumento demográfico puede desarrollarse con gran rapidez, si existen unas condiciones favorables mínimas, debidas principalmente a factores sociales, económicos, biológicos y ecológicos. Un medio más favorable a la supervivencia, la disminución de guerras internas, la disminución del índice de mortalidad debido a avances tecnológicos, una mayor sedentarización en zonas fértiles y ricas en pastos, son factores primordiales para un proceso de este tipo y pueden ser aplicables a la región del Bajo Guadalquivir. A su vez, un incremento de población estimula la producción, el desarrollo técnico y cultural, intensifica la economía y la organización social y, en consecuencia, acelera un proceso hacia el cambio cultural.¹⁹ Por lo tanto, la concentración de poblamiento y el aumento demográfico que se observan en el área tartésica durante los siglos IX-VIII a. C. es un hecho de importantes consecuencias históricas.

Es importante señalar el contraste existente entre las poblaciones del Bronce en el área del sur de Portugal y de Extremadura que, a juzgar por sus necrópolis de cistas con estelas decoradas de los siglos X-VIII a. C.²⁰ se caracterizan por su espíritu guerrero, y el carácter pacífico de las comunidades tartésicas del Bajo Guadalquivir. En efecto, si bien muy tardías dentro de este desarrollo, las necrópolis de Carmona, La Joya y Setefilla destacan por la ausencia casi total de armamento y no se conocen estructuras importantes de fortificación en sus poblados.²¹ El establecimiento o auge de estas poblaciones en el área tartésica coincide, pues, con el inicio de un largo período de paz, lo que sin duda constituye uno de los factores que explican el incremento de población durante este período y que permite no sólo una mayor sedentarización, sino el desarrollo de una economía más

19. Acerca de los cambios demográficos en la Prehistoria, sus causas y repercusiones cf., en general, C. RENFREW (ed.), *The explanation of Culture Change. Models in Prehistory*, London 1973, 296-300, 329 ss., 344 y 529; P. J. UCKO-R. TRINGHAM-G. W. DIMBLEBY (ed.), *Man, settlement and Urbanism*, London 1972, 386 ss., 579, 827 ss.; G. DE G. SIEVEKING-I. H. LONGWORTH-K. E. WILSON, *Problems in Economic and Social Archaeology*, London 1976, 502 ss.; véase también *Civiltà del Lazio primitivo* (catálogo de la exposición de Roma), 1976, 27-28.

20. M. ALMAGRO BASCH, *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, en *BPH*, VIII, 1966, 199-200.

21. Cf. J. P. GARRIDO-EL ORTA, *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva, II*, en *EAE*, 96, 1978, 202; una excepción lo constituiría la fortificación descubierta en 1976 en los niveles inferiores del poblado de Setefilla, cuya cronología, sin embargo, no ha podido ser determinada todavía.

estable. Se trata de unas poblaciones con larga tradición minera y ganadera desde el Eneolítico y la edad del Bronce que, gracias a su establecimiento en el área tartésica, se aseguran precisamente una de las zonas más fértiles y más ricas en recursos mineros y en pastos del sur de la Península Ibérica.

Si las posibles razones económicas y sociales que desencadenan un fenómeno demográfico de este tipo son múltiples, tal como hemos enumerado ya brevemente, las causas de una reestructuración territorial como ésta, que implica el traslado del foco principal de innovación tecnológica y cultural desde el área del Tajo inferior y Guadiana medio al Bajo Guadalquivir, pudieron deberse, en gran medida, a un elemento externo. Para ello, veamos qué síntomas se advierten en el sudoeste durante los siglos IX y VIII a. C.

Data de este período la llegada al área del Tajo y Guadiana de elementos culturales, tales como el escudo con escotadura en V y la fíbula de codo, que si bien corresponden a un horizonte poco definido todavía, constituyen indicios de la presencia de influjos mediterráneos a partir del siglo X a. C., influjos que coinciden, por otra parte, con la llegada al sudeste y Tajo inferior de las primeras incineraciones conocidas en el sur de la Península.²² En torno al 850-800 a. C. se inicia en el sudoeste, además, un movimiento marítimo encaminado a la recuperación, a gran escala, de objetos de bronce manufacturados y destinados, sin duda, a ultramar. Seguramente no se trata de un comercio propiamente dicho todavía, sino de un tráfico dirigido a la obtención de metal de desecho, a juzgar por los hallazgos de la ría de Huelva,²³ y coincide con el momento en que se sitúa el establecimiento de población tartésica en el estuario de Huelva y en el valle del Guadalquivir. De la primera mitad del siglo VIII a. C. datan los primeros vestigios de actividad en las colonias fenicias del Estrecho, y a partir de mediados de este siglo la densidad de población fenicia en el litoral es ya considerable.²⁴ Es más que probable, por

22. M. ALMAGRO BASCH, *El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa*, en *Ampurias*, II, 1940, 108-122 y 138-141; H. HENCKEN, *Carp's tongue swords in Spain, France and Italy*, en *Zephyrus*, VII, 1956, 137; M. ALMAGRO, *Las estelas decoradas...*, 1966, 156 ss. Acerca de las fíbulas de codo, cf. recientemente G. DELIBES DE CASTRO, *Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija, Valladolid*, en *TP*, 1978, 244-246; sobre las incineraciones del Bronce final en el sudeste y Tajo, H. SCHUBART, *Die Kultur der Bronzezeit...*, 1975, 147, fig. 22; F. MOLINA, *La cultura del Bronce final en el sudeste de la Península Ibérica* (resumen de tesis doctoral), Granada, 1977, 15-16.

23. M. ALMAGRO BASCH, *Depósito de bronce de la Ría de Huelva*, en *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, 1975, 213-220; M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce final...*, 1977, 123-124 y 491.

24. M. E. AUBET, *Excavaciones en las Chorreras (Málaga)*, en *Pyrenae*, X, 1974, 107-108; M. E. AUBET-G. MAAS LINDEMANN-H. SCHUBART, *Chorreras*, *MM* 16, 1975, 158; H. SCHUBART, en *MM*, 18, 1977, 52-53.

tanto, que la metrópoli, Gadir, ya existiera desde hacía largo tiempo.

La presencia de elementos fenicios, chipriotas, griegos e itálicos en la zona del Estrecho de Gibraltar a partir de los siglos IX-VIII a. C.²⁵ denota un panorama muy complejo, pero que coincide plenamente con los hallazgos de esta época en todo el Mediterráneo central y occidental, cuando las áreas de control económico por parte de griegos y fenicios todavía no se han delimitado claramente y el tráfico marítimo está frecuentado, indistintamente, por gentes de Calcis, Eubea, Rodas, Corinto o Tiro, en una coexistencia de intereses económicos muy diferente a la que veremos en el siglo VII a. C.²⁶ Así, la reestructuración territorial y la elección de nuevos emplazamientos en el Bajo Guadalquivir por parte de las poblaciones tartésicas del Bronce final coincide con la llegada de estos primeros prospectores metalúrgicos a la zona del Estrecho y este fenómeno precede claramente en el tiempo al momento de mayor actividad económica por parte de las colonias fenicias del litoral andaluz y, en consecuencia, es anterior a los inicios de la influencia oriental en el interior.

En muy poco tiempo, a partir del siglo VII a. C., en que se inician las importaciones fenicias, se observan síntomas de transformación en el interior del hábitat tartésico, unido a un desarrollo cultural y económico muy notables, que quedan perfectamente reflejados en un aumento del nivel de vida, en un excedente económico y en un desarrollo de su organización social. En Setefilla predomina, a partir de esas fechas, la construcción de viviendas rectangulares con paredes de adobe lujosamente enlucidas y de clara influencia mediterránea, que llegarán a alcanzar su mayor desarrollo arquitectónico en torno al 600 a. C.²⁷ El mismo perfeccionamiento en la técnica de construcción se observa también en Cerro Macareno, especialmente a partir del siglo VI a. C.,²⁸ en Quemados y en el Carambolo Bajo.²⁹

Desde el punto de vista económico vemos, a partir del siglo VII antes C., un rápido enriquecimiento de estas poblaciones, gracias al comercio de los metales. Es evidente, como se ha dicho, que el control de los recursos mineros y ganaderos del país está en manos de la población tartésica y nada permite pensar en indicios de hostilidad o tensión política con las colonias fenicias de la costa. Por el contrario, el establecimiento en esta época de artesanos fenicios en Tartessos, que elaboran *in situ* cerámica, marfiles y bronce; la proximidad geo-

25. Cf. P. ROUILLARD, *Fragmentos de estilo geométrico y corintio medio en Huelva*, en *Huelva Arqueológica III*, 1977, 399.

26. Cf. B. D'AGOSTINO, *Tombe «principesche»...*, 1977, 46-51; A. M. BISI, *op. cit.*, 16.

27. M. E. AUBET-O. ARTEAGA-M. R. SERNA, *Mesa de Setefilla...*, 1979 (en prensa).

28. M. PELLICER, *op. cit.*, 1979 (en prensa).

29. J. M. LUZÓN-D. RUIZ, *op. cit.*, 15-16 y 20-21; J. DE M. CARRIAZO, *Tartessos...*, 236.

gráfica de centros tartésicos como Mesas de Asta, casi a las puertas de Cádiz, y la ausencia de vestigios de violencia en estos poblados indígenas, son signos evidentes de un período de coexistencia pacífica entre ambas comunidades.

La ausencia de núcleos urbanos fenicios permanentes en territorio tartésico, unido a los datos arqueológicos que se poseen de los yacimientos indígenas, indican que, desde un principio, fueron los poblados tartésicos los principales focos de actividad metalúrgica, cuyo comercio estaba en manos de las colonias fenicias. Sin duda, la obtención y comercio del metal estimuló, a su vez, a partir del siglo VII a. C. el rápido auge de una burguesía mercantil fenicia, que conocemos a través de sus sepulturas de Almuñécar y Trayamar. En rigor, no puede aplicarse a esta época un criterio fundamentalmente moderno de mercados competitivos ni de mecanismos basados en las leyes de la oferta y la demanda. El comercio fenicio parece haber estado en función, simplemente de la recuperación y obtención de mercancías de primera necesidad — oro, plata, estaño, cobre, grano, madera y pieles —, a cambio de aceite, vino y bienes de lujo destinados a su clientela indígena y en función de sus necesidades económicas y de abastecimiento inmediato. No se trataría, por tanto, de una actividad mercantil en el sentido moderno de la palabra, sino de un mecanismo de intercambios que, según las necesidades de aprovisionamiento del momento, debió evolucionar con el tiempo.³⁰

A partir de la segunda mitad del siglo VII a. C. se observa un gran despliegue de actividad metalúrgica en los poblados tartésicos del interior, como lo demuestra la presencia de escorias de mineral en las viviendas indígenas y los inicios de la extracción de plata y cobre en Riotinto.³¹ Junto a estas actividades y, seguramente, gracias a un fuerte excedente económico, la población tartésica mantuvo una economía básicamente ganadera, lo que debió constituir otra considerable fuente de riqueza, favorecida por la misma situación de sus poblados. Que existió una poderosa base pastoril y ganadera, basada sobre todo en la ganadería mayor, lo prueban las excavaciones de Huelva, Carambolo y Setefilla.³²

Los beneficios económicos obtenidos por las comunidades tartésicas en base a sus dos principales bases de aprovisionamiento y,

30. Sobre estas cuestiones, véase especialmente E. LEPORÉ, *Osservazioni sul rapporto tra fatti economici e fatti di colonizzazione in Occidente*, en *Dialoghi di Archeologia*, III, n.º 1-2, 1969, 180-185.

31. M. BELÉN-M. FERNÁNDEZ MIRANDA-J. P. GARRIDO, *Huelva Arqueológica III*, 1977, 373; A. BLANCO-J. M. LUZÓN-D. RUIZ, *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva)*, 1970, 13; J. M. LUZÓN-D. RUIZ MATA, *Quemados...*, 17.

32. M. E. AUBET, *La necrópolis de Setefilla...*, 1975, 158-159; J. P. GARRIDO-E. ORTA, *La Joya II*, 1978, 199-201; J. DE M. CARRIAZO, op. cit., 453 y 459.

sobre todo, por su grupo social dominante, estimularon sin duda intentos de ampliar su área de influencia económica. Es a partir del siglo VI a. C. cuando se fecha la mayor parte de hallazgos tartésicos o de objetos de tipo fenicio en la periferia del Bajo Guadalquivir, en un movimiento de expansión «orientalizante» hacia el norte y hacia el este en el que seguramente la población tartésica fue la principal intermediaria. Cerámica tartésica con decoración bruñida y bronce, joyas y cerámica de tradición o fabricación fenicia se han hallado en Medellín, Valdegamas, Aliseda, Cástulo, Castellones de Ceal e, incluso, en Frigiliana.³³

El auge económico adquirido por las comunidades tartésicas a partir de la segunda mitad del siglo VII a. C. y, sobre todo, a principios del siglo VI a. C., implicaría necesariamente un desarrollo y una mayor complejidad de su organización social, que tendería, como veremos, a una progresiva y cada vez más acentuada jerarquización.

2. Los sistemas funerarios y la organización social

Desgraciadamente, y aparte de los enterramientos con estelas decoradas, nada sabemos acerca de los sistemas funerarios de la facies tartésica preorientalizante durante los siglos IX-VIII a. C., y en consecuencia, desconocemos la estructura sociorreligiosa de un momento de transición tan importante, a caballo entre las necrópolis de cistas del sudoeste y los primeros enterramientos tartésicos propiamente dichos.

Las características principales de los sistemas funerarios del período orientalizante se deducen de tres grandes complejos de hallazgos: las necrópolis de la región de Carmona — Cruz del Negro, Acebuchal, Entremalo, etc. —, con graves problemas de interpretación debido a la época en que fueron excavadas;³⁴ la necrópolis de La Joya, en Huelva,³⁵ y la de Setefilla, en la provincia de Sevilla.³⁶ El ritual funerario que se observa en estas necrópolis es notablemente complejo, con una tal confluencia de elementos — característico, por otra parte, del mundo tartésico — que parece corresponder a una cultura

33. A. BLANCO FREIJEIRO, *Orientalia II*, en *AEArq.*, 33, 1960, 26-31; A. ARRIBAS-J. WILKINS, *La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)*, en *Pyrenae*, 5, 1969, 5-7; M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce final...*, 239-242 y 317 ss.

34. G. BONSOR, *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Bétis*, en *Rev. Arch.*, XXXV, 1899.

35. J. P. GARRIDO-E. ORTA, *La tumba orientalizante de La Joya, Huelva*, en *TP*, XI, 1963 (tumba 1); *Id.*, *Excavaciones en la necrópolis de La Joya*, en *EAE*, 71, 1970 (tumbas 2-10); *Id.*, *Excavaciones... La Joya II*, en *EAE*, 96, 1978 (tumbas 11-19).

36. M. E. AUBET, *La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río (Sevilla)*, CSIC, 1975 (túmulo A); *Id.*, CSIC, 1978 (túmulo B).

muy abierta a las sugerencias externas, lo cual es corriente en todo período de transición en general y característico del Bronce final en particular.³⁷

Durante el período orientalizante de los siglos VII y VI a. C. el tipo característico de enterramiento en el Bajo Guadalquivir es el de la inhumación o incineración bajo túmulo. Las sepulturas forman auténticos campos de túmulos, alcanzando alguno de ellos proporciones considerables, como en los Alcores de Carmona, Setefilla y, acaso también, en Mesas de Asta y La Joya.³⁸ Frente a la interpretación tradicional que hacía derivar este tipo de enterramiento y sus incineraciones de influencias septentrionales de raíz centroeuropea, hoy sabemos que los túmulos tartésicos son eminentemente meridionales y constituyen, al parecer, una prolongación de los sistemas funerarios de la edad del Bronce.

Efectivamente, las necrópolis portuguesas de la segunda mitad del II milenio a. C., tales como Atalaia, forman áreas de túmulos en torno a un enterramiento central que sirvió de sepultura, evidentemente, a un personaje destacado de la comunidad y cuya estructura sirve al parecer de precedente a los campos de cistas con estelas guerreras decoradas del Bronce final.³⁹ Este sistema de agrupamiento de túmulos y cistas encierra claramente una idea colectiva de tradición muy antigua, tradición en la que las relaciones de parentesco de tipo clánico constituyen la base principal de la organización social. Por lo demás, se trata de la misma estructura que vemos, por ejemplo, en los túmulos tartésicos de Setefilla durante los siglos VII y VI a. C.: éstos son túmulos relativamente grandes que cubren áreas de incineración cerradas y dispuestas en círculos perfectamente diferenciados unos de otros, círculos que en ocasiones van delimitados por losas o estelas hincadas — alguna de ellas decorada —, sobre los que se superpone, en algún caso (túmulos A y H) un gran enterramiento central en cámara; la cámara funeraria estaría destinada a un personaje privilegiado del grupo, el cual, en contraste con el resto de la población, utiliza el rito de la inhumación.⁴⁰ Sin duda este sistema de «círculos» funerarios es indicio de una estructura social basada en grupos familiares gentilicios, grupos de los que emerge en

37. Cf. F. MOLINA, *El Bronce final...*, 1977, 8.

38. M. ESTEVE GUERRERO, *Asta Regia: una ciudad tartésica*, V SPP (Jerez 1968), 1969, 112.

39. H. SCHUBART, *Die Kultur der Bronzezeit...* 165-166; M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce final...*, 177 y 185.

40. G. E. BONSOR-R. THOUVENOT, *Nécropole ibérique de Setefilla*, en *Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques*, XIV, Bordeaux-Paris, 1928, 21-25; M. E. AUBET, *Materiales púnico-tartésicos de Setefilla en la Col. Bonsor*, en *BSEAA*, 39, 1973, 6 ss.; *Id.*, *La necrópolis de Setefilla...*, 1975, 66-71 y 157; *Id.*, *La necrópolis...*, 1978, 169-171.

algún caso una aristocracia local que afirma su prestigio social y, quizá, su vieja ascendencia familiar, manteniendo un ritual funerario, cuya tradición remonta a los pueblos guerreros y pastores del Bronce del sudoeste y que ya ha caído en desuso por esas fechas.

Los ritos funerarios que se observan en las necrópolis tartésicas de los Alcores de Carmona indican, a su vez, un panorama tan heterogéneo, que es forzoso admitir que durante el período orientalizante se ha perdido ya la ideología relativamente unitaria de las épocas precedentes. En los Alcores coexisten, sin distinción clara, sepulturas de inhumación o incineración bajo túmulo (Bencarrón, Carmona, Entremalo), si bien predomina la incineración tumular (Acebuchal, Alcantarilla, Alcaudete, Cañada de Ruiz Sánchez) o en fosa (Cruz del Negro).⁴¹ Todo parece indicar que esta diversidad de ritos funerarios obedece más a una diferenciación social — o a diferentes tradiciones familiares — que a una evolución cronológica. El monumento funerario más importante de los Alcores, el túmulo G del Acebuchal, fechado en el siglo VI a. C., conservaba en el centro una cámara rectangular de mampostería, análoga a las de Setefilla, que contenía una doble inhumación.⁴² Por el contrario, los ricos túmulos de la Cañada de Ruiz Sánchez, éste del siglo VII a. C., y de Alcantarilla contenían incineraciones,⁴³ y este hecho podría ser indicio, acaso, de que a partir del siglo VI a. C. existe un resurgir del rito de la inhumación por parte de la élite social dominante.

Idéntica confluencia de ritos y tradiciones funerarias presenta el sector excavado de la necrópolis de La Joya, sector que sin duda correspondió al estamento social privilegiado de la comunidad tartésica de Huelva. En efecto, la riqueza de los ajuares denota una sociedad con elevado poder adquisitivo y con una acusada estratificación social, propio de uno de los hábitats tartésicos más favorecidos por el comercio fenicio gracias a su situación geográfica. En La Joya aparece tal diversidad de ritos funerarios, que puede afirmarse que no existen dos sepulturas iguales: aparecen incineraciones simples, grandes tumbas de incineración con carro, sepulturas con doble ritual de inhumación e incineración, inhumados en posición violenta o «lapidados», etc.⁴⁴

El significado de una tan acusada heterogeneidad ideológica no resulta fácil de interpretar, si bien parece evidente que este fenómeno coincide con el momento en que culmina la influencia oriental sobre

41. G. BONSOR, *Les colonies agricoles...*, 1899, 128 s.

42. G. BONSOR, *op. cit.*, 24-27; W. SCHÜLE, *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, en *MF*, 3, 1969, 147.

43. G. BONSOR, *op. cit.*, 50-59.

44. J. P. GARRIDO-E. ORTA, *Excavaciones en la Joya II*, 1978, 17-18.

las poblaciones tartésicas y, según parece, con un período en que se inicia a su vez una decadencia y una progresiva desintegración de las tradiciones funerarias precedentes. La cuestión estriba en saber hasta qué punto la influencia fenicia incide en los ritos funerarios tartésicos y, en consecuencia, en la ideología social y religiosa de estas comunidades «orientalizadas».

Si se admite que la incineración en el sudoeste no deriva forzosa-mente de influencias septentrionales, cabe la posibilidad de una influencia procedente del mundo colonial fenicio, donde este rito se documenta por vez primera en Almuñécar en torno al 700 a. C. Un cambio de ritual funerario implica, siempre, profundas transformaciones ideológicas, especialmente en una población que adopta por vez primera la incineración — creencia en la recarnación, en el papel purificador del fuego y una actitud muy específica frente a la muerte y al más allá —. Ello supone un proceso lento, y por otra parte, es de esperar que la adopción de un nuevo rito funerario vaya acompañado, al principio, del mismo aparato ritual que caracteriza al ritual propio de la comunidad difusora. Y sin embargo, las incineraciones tartésicas y el ritual funerario que las caracteriza en La Joya, Cruz del Negro o Setefilla, además de estar comprobados desde principios del siglo VII a. C., no guardan relación muy estrecha con las incineraciones fenicias de Almuñécar o Trayamar.⁴⁵ La opción estriba en determinar si, por el contrario, el cambio de ritual funerario acaecido entre la población tartésica se estaba gestando hacía tiempo en el sur de España, a raíz de la llegada de incineradores al estuario del Tajo y al sudeste (Parazuelos, Campos, Caldero de Mojácar) ya en los siglos IX y VIII a. C.⁴⁶ y, en consecuencia, en un momento claramente anterior al período orientalizante.

Una segunda cuestión deriva de la cronología y de la estructura social que reflejan las tumbas orientalizantes del Bajo Guadalquivir y de Huelva. Si admitimos que ya durante el II milenio a. C. se ha iniciado un proceso de transformación social entre las poblaciones del sudoeste peninsular, con la aparición consiguiente de diferencias estructurales en los túmulos portugueses y, por lo tanto, con el nacimiento de una clase dirigente que evolucionará hasta el Bronce final en forma de jefes de tribu, guerreros y pastores — propios de las estelas decoradas y enterrados en ocasiones en grandes monumentos funerarios —,⁴⁷ es lógico pensar que los grandes túmulos tartésicos no son más que el final de un proceso de diferenciación social, que se

45. M. E. AUBET, *La necrópolis de Setefilla...*, 1975, 155-15; M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce Final...*, 1977, 385 y 503.

46. H. SCHUBART, op. cit., 147; F. MOLINA, op. cit., 15-16.

47. K. SPINDLER-O. DA VEIGA FERREIRA, en *MM*, 14, 1973, 60 ss., fig. 9 (reconstrucción).

ha visto acelerado y acentuado bajo la influencia oriental. Las transformaciones económicas impulsadas por el comercio fenicio, unido a los cambios demográficos mencionados más arriba, a la especialización en el trabajo y a la jerarquización social habrían dado lugar a un excedente de producción, que habría convertido a estos príncipes pastores y ganaderos en auténticos centros de poder económico y social.

La totalidad de las importaciones fenicias de lujo, así como todos los elementos orientales considerados como bienes de prestigio, son absorbidos por este grupo restringido de la sociedad tartésica, gracias a haber asumido el control de los recursos naturales del territorio. Estos réglulos tartésicos se diferencian del resto de la población por su cultura material y por una serie de factores ideológicos que hace que se pueda hablar de «unidad cultural entre los grupos dominantes». Hay que pensar que el arraigo de una élite social depende, para su supervivencia, de poder mantener su dominio político, su status social superior y su control sobre los resortes económicos; todo ello tiene que demostrarlo, construyendo sepulturas monumentales que destaquen de las demás y debe adoptar, también, un estilo de vida — importaciones, bienes de lujo, símbolos de prestigio — que la destaque del resto de la población.⁴⁸ En los Alcores y en Setefilla son las grandes sepulturas centrales con cámara bajo túmulo las que contenían los ajuares más ricos — joyas, marfiles, jarros de bronce, etcétera —, en tanto que el resto de la población, básicamente incineradora, absorbe muy esporádicamente algunos elementos de importación, en su mayor parte cerámica. Por otra parte, la construcción de túmulos gigantescos del tipo de Acebuchal, Alcantarilla y Setefilla, y la misma cámara funeraria central, exaltan el triunfo de la aristocracia que detenta el poder, la cual reivindica, a su modo, un papel de igualdad con la gran burguesía mercantil fenicia enterrada en las cámaras de Trayamar. En cuanto al rito funerario, los príncipes tartésicos destacan de la comunidad, bien adoptando un ritual eminentemente tradicional, como es la inhumación, bien equiparándose al estamento colonial fenicio imitando el rito de la incineración en ánfora y tomando el carro como símbolo de prestigio, como en las tumbas 12, 17 y 19 de La Joya.⁴⁹

Resulta evidente que las importaciones fenicias de lujo y la circu-

48. Véase, sobre este tema, C. RENFREW (ed.), *Models in Prehistory*, cit., 1973, 474 y 582.

49. J. P. GARRIDO-E. ORTA, op. cit., 1978, 167. Un fenómeno similar se observa entre la aristocracia itálica durante el período orientalizante; en este caso, los príncipes locales imitan los sistemas funerarios del estamento colonial euboico de Cumas, reivindicando de este modo un papel de igualdad con éste: B. D'AGOSTINO, *Tombe «principesche»...*, 1977, 58-61; A. BEDINI-F. CORDANO, *Castel di Decima...*, 1977, 295.

lación de bienes de prestigio están restringidos a este estamento social privilegiado. La orfebrería del período orientalizante es patrimonio exclusivo de estos príncipes locales y no es casual que el grupo de hallazgos más importantes de este tipo, el de la Aliseda, proceda de un enterramiento de incineración probablemente análogo a los de Acebuchal y Setefilla y se encuentre localizado en una zona de fuerte influencia social tartésica.⁵⁰ Todo ello supone que la facies orientalizante y, con ello, el proceso de aculturación nacido del contacto entre el mundo tartésico y el mundo colonial fenicio, constituye un fenómeno que tiene especial incidencia entre la aristocracia indígena, más abierta a las influencias culturales externas y la principal beneficiada de dichos intercambios, en tanto que el resto de la población permanece relativamente pasivo al cambio cultural. Se trata, en consecuencia, de un proceso de transformación cultural con carácter selectivo.

Sin excepción, todos estos grandes enterramientos tumulares con cámara de Setefilla y Acebuchal y las sepulturas más espectaculares de La Joya se sitúan a principios del siglo VI a. C. y a lo sumo a finales del siglo VII a. C.,⁵¹ lo que evidencia que el auge del poderío político y social de la aristocracia tartésica se desarrolla en un momento relativamente tardío del período orientalizante, en torno al 600 a. C., y prácticamente en vísperas de iniciarse una regresión o, si se quiere, una interrupción del tráfico comercial fenicio en la zona del Estrecho.

El significado de todo este proceso es sin duda sumamente interesante. Las transformaciones económicas que conlleva el período orientalizante, con la consiguiente acumulación de riqueza en pocas manos y una diferenciación social cada vez más acentuada, basada en régulos locales que coordinan las actividades económicas, sociales y religiosas, son síntomas elocuentes de una estructura protourbana y preludio de un proceso próximo ya a alcanzar el estadio urbano, proceso que se encuentra en una fase muy avanzada en torno al 600 a. C.⁵² En todo este desarrollo, el factor fenicio se habría limitado a acelerar estos cambios socioeconómicos. Sin embargo, la culminación del proceso se presenta muy tardía en el Bajo Guadalquivir, sin que sus formas hayan logrado superar unas estructuras típicas de un período de transición, tal como se desprende de los sistemas funerarios descritos y de su estructura sociocultural, que no se pre-

50. M. ALMAGRO GORBEA, op. cit., 1977, 219-220.

51. Una excepción lo constituiría el túmulo de la Cañada de Ruiz Sánchez, cerca de Carmona, cuya ajuar se fecharía en pleno siglo VII a. C. (G. BONSOR, *Les colonies agricoles...*, 1899, 55-56).

52. Sobre el significado de una etapa de estas características, la denominada de *chiefdoms*, véase C. RENFREW, op. cit., 542.

sentan afianzados, sino en vías de transformación y abiertos todavía a múltiples influencias y tradiciones. Este proceso hacia la vida urbana habría sufrido, al parecer, una involución a lo largo del siglo VI antes C., una de las épocas peor conocidas de nuestra Protohistoria y, sin embargo, el período de transición propiamente dicho a la sociedad urbana de la época ibérica.

3. *Cultura material y artesanado*

Los estudios realizados durante estos últimos años en las provincias de Sevilla y Huelva dejan entrever un panorama cultural tartésico muy heterogéneo y, lejos de resolverse problemas de interpretación de materiales orientalizantes, cada vez resultan más difíciles de clasificar, dentro de una terminología ajustada, los testimonios de cultura material, tales como la cerámica, los bronceos y la orfebrería. En realidad no resulta fácil la delimitación de fronteras entre el arte tartésico del período orientalizante y el arte fenicio y en ocasiones resulta imposible distinguir una importación fenicia de una imitación local, dependiendo su valoración de circunstancias y criterios a veces poco objetivos.

Frente a los intentos, en auge hace unos años, de interpretar todo testimonio artístico de corte oriental como tartésico orientalizante, concepto que surgió como reacción a una época en que se atribuía al arte fenicio todo material de este período, se decidió hace unos años una vía intermedia, que reconocía dentro del fenómeno orientalizante dos fases cronológicas distintas y sucesivas: una inicial, de importaciones fenicias y una segunda, consecutiva, de imitaciones indígenas o facies orientalizante propiamente dicha, todo ello dentro de un único proceso.⁵³ En los últimos años asistimos, sin embargo, a un proceso de revalorización del arte fenicio provincial, en la forma de talleres de artesanos especializados radicados en un medio indígena y operando en base a la demanda local.⁵⁴ Esta interpretación, que de hecho puede llegar a infravalorar la capacidad artística de la población tartésica en su conjunto, no resuelve tampoco muchos de los problemas que plantea el artesanado del período orientalizante. Exponemos, a continuación y de la forma más breve posible, el estado de la cuestión en la actualidad.

Los grupos de hallazgos más significativos y espectaculares de este período lo constituyen, sin duda, las joyas de Aliseda, los mar-

53. Cf. S. MOSCATI, *Problematica della civiltà fenicia*, en *SS*, 46, 1974, 105-107; *Id.*, *I Cartaginesi in Italia*, 1977, 307.

54. H. G. NIEMEYER, en *Bonn. Jahrb.*, 176, 1976, 454; M. E. AUBET, *Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir I*, 1979, 66.

files de la región de Carmona y los oinochoes de bronce. El tesoro de Aliseda, descubierto al parecer en una sepultura indígena de Extremadura y fechado en torno al 600 a. C., fue minuciosamente estudiado por Blanco en 1956.⁵⁵ Dicho autor, basándose en irregularidades técnicas observadas en la elaboración de las joyas de oro y señalando elementos de influencia etrusca en su decoración, juzgó las joyas como producto de un taller tartésico de carácter orientalizante. Sin olvidar que entre los hallazgos de Aliseda hay piezas de fabricación oriental auténtica, como el jarro de vidrio, esta interpretación plantea varios interrogantes, tales como el significado del factor etrusco en la decoración de las joyas entre otros, máxime si se tiene en cuenta que la orfebrería etrusca del período orientalizante presenta unas mismas influencias orientales que la de Aliseda, con la posibilidad, además, de que esta última estuviera fabricada en Pithecoussai.⁵⁶ Recientemente ha sido reivindicado un origen fenicio occidental o acaso gaditano, para todo el complejo de hallazgos de la Aliseda.⁵⁷ En realidad, y a título de ejemplo, la presencia de un gran centro de producción de orfebrería local en la fenicia Tharros desde el siglo VII a. C., elaborando piezas inspiradas en modelos orientales y piezas plenamente autónomas con irregularidades técnicas en su fabricación⁵⁸ demuestra la existencia de talleres fenicios de orfebrería occidentales dentro de un vasto y complejo panorama de arte fenicio provincial y autóctono, hecho que nos obliga, en cierto modo, a obrar con cautela a la hora de valorar estas piezas occidentales.

Los marfiles de la región de Carmona, hallados a finales del siglo pasado y principios de éste, han sido objeto, asimismo, de diversas interpretaciones basadas una vez más, la mayoría de veces, en criterios estilísticos o estéticos.⁵⁹ La evolución gradual de estilos que se había observado en estas piezas, oriundas de un taller fenicio que fabricaría los ejemplares de mayor calidad en el siglo VII a. C., al que sucedería una producción tartésica de objetos más mediocres durante los siglos VI-IV a. C. no resulta hoy una hipótesis viable y todo parece indicar que se trata de un grupo bastante homogéneo salido de una misma «escuela» artesana de los siglos VII y VI a. C., radicada en el Bajo Guadalquivir y de clara inspiración fenicio-occidental.⁶⁰

Para el estudio de los oinochoes de bronce peninsulares se suele

55. A. BLANCO, *Orientalia*, en *AEArq.*, 29, 1956, 27-32.

56. A. BUCHNER, en *Contribution à l'étude de la société...*, 1975, 81-85.

57. M. ALMAGRO GORBEA, op. cit., 221.

58. S. MOSCATT, *Centri artigianali fenici in Italia*, en *RSF*, I, 1973, 49-51.

59. G. E. BONSOR, *Early engraved ivories*, New York, 1928; A. BLANCO FREIJEIRO, *Orientalia II*, en *AEArq.*, 33, 1960, 3-25; M. E. AUBET, *Los marfiles...*, 1979, 14.

60. B. FREYER-SCHAUENBURG, *Elfenbeine aus dem samischen Heraion*, Hamburg, 1966, 109; M. E. AUBET, op. cit., 60-67.

enfocar el problema de sus orígenes con el mismo criterio que se ha señalado para la orfebrería y los marfiles, diferenciándose claramente los ejemplares de fabricación fenicia, más antiguos y más «puros» — jarros de la Cañada de Ruiz Sánchez, Alcalá del Río, Aliseda, Coca y Torres Vedras — de los jarros de producción tartésica, más recientes y evolucionados — jarros de Mérida, Niebla, Siruela, Valdegamas, Villanueva de la Vera y La Joya —.⁶¹ De sumo interés para esta cuestión resulta el reciente estudio realizado sobre el grupo de bronce de la necrópolis de La Joya, precisamente el yacimiento que ha proporcionado mayor número de oinochoes de tipo tardío o tartésico «orientalizante». De hecho, los ricos ajuares funerarios de La Joya hacen pensar en la presencia permanente de artesanos fenicios en el estuario de Huelva, abasteciendo *in situ* a la demanda de bienes de lujo por parte de la población local indígena.⁶² Los análisis espectrográficos y metalográficos efectuados sobre los bronce de la necrópolis han revelado que la elaboración de estos objetos orientalizantes denota un perfecto y elevado conocimiento de las técnicas de fusión y soldadura, así como un alto dominio de la metalurgia por parte de estos artesanos supuestamente indígenas. Su conocimiento de las propiedades de las aleaciones y el proceso de fabricación de las piezas supone la existencia, por tanto, de auténticos especialistas en la materia,⁶³ lo que no deja de sorprender en un medio donde no existe, previamente, una fuerte tradición de la metalurgia del bronce de la envergadura que vemos, por ejemplo, en la Etruria preorientalizante. Al respecto, cabe señalar que recientemente ha sido también reivindicado un origen fenicio occidental para estos jarros tardíos del siglo VI a. C. de La Joya, Mérida, Siruela y Valdegamas.⁶⁴

Veamos, por último, las cuestiones que plantea el estudio de la cerámica del período orientalizante. Se ha señalado que la llegada de las primeras cerámicas de importación fenicia al interior debe situarse en torno al 700 a. C. Al igual que en la orfebrería y los bronce, es lógico pensar que a esta fase de importaciones le sucedería un período de fabricación de cerámicas locales elaboradas al torno que progresivamente sustituirían a las cerámicas bruñidas fabricadas a mano. Sin embargo, esta evolución no ha podido ser definida con rigurosidad en ningún yacimiento tartésico, ya que, en sus momentos iniciales no resulta fácil diferenciar las cerámicas auténticas de im-

61. A. BLANCO, en *AEArq.*, 29, 1956, 3-11; A. GARCÍA BELLIDO, *Los bronce tartésicos*, V SPP (1968), 1966, 170-171; B. GRAU, *Nuevas investigaciones acerca de los jarros fenicios piriformes*, VIII SPP (1976), 1979 (en prensa).

62. Cf. J. P. GARRIDO-E. ORTA, *Excavaciones en La Joya... II*, 1978, 199-200.

63. A. ESCALERA UREÑA, en J. P. GARRIDO-E. ORTA, op. cit., 225.

64. M. ALMAGRO GORBEA, op. cit., 242.

portación de sus primeras imitaciones locales. Por otra parte, la cronología de las más antiguas importaciones cerámicas fenicias en el área tartésica no está suficientemente aclarada y, al igual que en otros aspectos culturales del período orientalizante, todo parece indicar que la adopción generalizada del torno rápido no fue inmediata.

De entre las formas cerámicas fenicias mejor fechadas en la actualidad se cuentan los platos de barniz rojo, que constituyen importantes elementos de datación para la secuencia de los poblados tartésicos del interior.⁶⁵ No obstante, se comprueba en Setefilla, por ejemplo, que platos de tipología arcaica, fechables en Toscanos y Chorreras en la segunda mitad del siglo VIII a. C., aparecen aquí en un contexto de principios del siglo VI a. C., o si se quiere, de finales del siglo VII a. C.⁶⁶ En la necrópolis de La Joya, especialmente en los ajuares cerámicos de las tumbas 1 y 9, sucede algo similar⁶⁷ y vemos cómo estos platos arcaicos del siglo VIII a. C. aparecen en los estratos inferiores del Cabezo de San Pedro, o mezclados con tipos más tardíos del siglo VII a. C. en otros hallazgos de Huelva.⁶⁸ Este desarrollo particular de la tipología cerámica fenicia en el área tartésica y, de modo especial, la perduración de formas arcaicas en pleno siglo VI antes C., parecen ser un fenómeno específico del área situada al oeste de Gibraltar, esto es, del territorio tartésico propiamente dicho. Incluso llega a darse el caso de que formas cerámicas fenicias de fuerte arraigo en el Mediterráneo durante el siglo VIII a. C. e incluso antes, como los vasos à *chardon*, las copas pintadas o las urnas globulares de tipo Cruz del Negro, son excepcionalmente raras en las colonias fenicias de la zona del Estrecho, en tanto que aparecen con relativa abundancia en el área tartésica.⁶⁹

El hecho de que esta tipología cerámica no se ajuste a la evolución de los tipos observados en los yacimientos fenicios del litoral no presupone necesariamente la existencia de imitaciones tartésicas de cerámica a torno oriental. Resulta difícil imaginar, al respecto, que durante los siglos VII y VI a. C. los artesanos tartesios fabricaran sus primeras cerámicas a torno imitando tipos largo tiempo desaparecidos. Es más lógico pensar en la presencia de talleres fenicios de carácter arcaizante, talleres que no habrían sufrido la misma evolución que los vecinos de las colonias del Estrecho y que acaso estarían

65. H. SCHUBART, en *RSF*, IV, 1976, 179 ss.

66. M. E. AUBET, *La cerámica púnica de Setefilla*, cit., 22-24.

67. J. P. GARRIDO, *Excavaciones en La Joya...*, 1970, 52-55; H. SCHUBART, op. cit., 188.

68. M. BELÉN-FERNÁNDEZ MIRANDA-J. P. GARRIDO, en *Huelva Arqueológica III*, 1977, 149 s., fig. 83; 89, figs. 94 y 112; H. SCHUBART, en *RSF*, IV, 1976, 189.

69. M. E. AUBET, *La cerámica a torno de la Cruz del Negro*, Simposio «Los orígenes del mundo ibérico» (Barcelona, 1976), en prensa; A. M. BISI, op. cit., 16.

relacionados con Gadir, pero operando sin duda en pleno territorio indígena desde el siglo VIII a. C.

La problemática que encierra la cerámica fenicia hallada en los poblados y necrópolis tartésicos dificulta, sin duda, la datación de los primeros momentos de fabricación de cerámicas a torno locales en el interior. Al respecto señalemos, por último, que en el caso de que estos tipos cerámicos excepcionales constituyeran las primeras imitaciones locales tartésicas, todo ello no explicaría, entre otras cuestiones, el hecho de que durante el siglo VII los artesanos tartesios utilizaran el torno exclusivamente para fabricar unos pocos vasos de tipología oriental, en tanto que siguieron fabricando a mano la mayor parte de su producción de cerámica. De hecho, la implantación del torno constituye un proceso relativamente rápido — por su dinámica sencilla, por su rápido aprendizaje y por sus altos niveles de productividad — y, no obstante, a lo largo del siglo VII a. C. sigue predominando claramente en los poblados tartésicos la cerámica hecha a mano con o sin decoración bruñida tradicional que, en algún caso, perdurará incluso hasta el siglo V a. C.⁷⁰ Es evidente, pues, que la cerámica tartésica local tuvo un especial arraigo entre las poblaciones del interior frente a la innovación que representa el torno rápido de alfarero, innovación que no parece generalizarse en el interior antes del siglo VI a. C. y, por lo tanto, en vísperas de la transición al mundo ibérico.⁷¹

Al igual que en lo referente a los orígenes del proceso de diferenciación social de las poblaciones tartésicas del sudoeste y a los orígenes del rito de la incineración en esta zona, aparece asimismo muy problemático y poco definido un supuesto y profundo proceso de aculturación fenicia en la cultura tartésica del interior en cuanto al aspecto de su cultura material.

CONCLUSIONES

Pese al gran número de interrogantes que suscita el período orientalizante tartésico, sus características culturales obligan necesariamente a plantear la cuestión fundamental, esto es, si la influencia fenicia sobre las poblaciones indígenas del sudoeste hispano impulsó un auténtico proceso de aculturación durante los siglos VII y VI a. C., que concluiría en un profundo cambio cultural y que implicaría el paso definitivo de estas poblaciones hacia la vida urbana.

Es indudable que el establecimiento de las colonias fenicias en la

70. M. BELÉN-M. FERNÁNDEZ MIRANDA-J. P. GARRIDO, en *Huelva Arq.* III, 24; M. E. AUBET-O. ARTEAGA-M. SERNA, *Setefilla 1976* (en prensa).

71. Cf. M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce final...*, 1977, 394 ss.

zona del Estrecho aceleró un proceso de transformaciones económicas y sociales que se venía gestando en el sudoeste desde principios del primer milenio a. C. El rápido enriquecimiento de estas poblaciones a partir del siglo VII a. C., gracias a su situación privilegiada de cara al comercio fenicio de los metales, llevó a sus estructuras socioculturales a alcanzar un estadio muy avanzado dentro del proceso hacia la vida urbana. No obstante, el auge de estas poblaciones parece haberse desarrollado en un momento relativamente tardío, en torno al 600 a. C., cuando los emporios fenicios del litoral estaban a punto de perder su función económico-comercial y cuando iba a cesar el intenso tráfico de la zona del Estrecho, ininterrumpido desde el siglo VIII a. C., por lo menos.

A nuestro juicio, si se admite que la sociedad urbana en el sur de la Península no se alcanza hasta bien entrado el siglo VI a. C. y, sobre todo, a partir del siglo V a. C., con la aparición de las ciudades ibéricas, no parece plausible que ni el estímulo colonial fenicio ni su efecto más inmediato, el período orientalizante tartésico, constituyeran factores culturales básicos para el nacimiento de la cultura ibérica: si el estímulo principal del proceso hacia la vida urbana lo hubiera constituido el horizonte orientalizante tartésico, no se explica por qué los primeros y más poderosos focos de iberismo aparecen en la Alta Andalucía y en el sudeste, esto es, en la periferia del mundo tartésico, y no, como sería de esperar, en su epicentro, esto es, en el litoral del Estrecho o en las provincias de Sevilla y Huelva. Todo parece indicar que, al igual que acontece en el Mediterráneo central, a partir del 600 a. C. se inicia un cambio en las corrientes de tráfico comercial en el Mediterráneo occidental y la aparición del elemento griego parece coincidir con un nuevo desplazamiento de los focos de atracción económica, esta vez hacia el Alto Guadalquivir y el litoral del sudeste, en detrimento del área tartésica. Efectivamente, a partir de los siglos VI-V a. C. se observa en los poblados tartésicos un paréntesis o, si se quiere, una regresión cultural, y el inicio de un proceso de decadencia generalizada, según se deduce de los datos arqueológicos de que disponemos. Constituye un período muy oscuro, con pocos testimonios arqueológicos, y la población se ve notablemente reducida, por ejemplo, en Huelva, donde no se advierten síntomas de recuperación hasta el siglo IV a. C.⁷² Asimismo en Cerro Macareno, Carmona y Setefilla, los siglos VI y V a. C. reflejan un cierto hiatus cultural, que precede a una cultura ibérica ya plenamente formada.⁷³

72. J. P. GARRIDO-É. ORTA, *Excavaciones en La Joya II*, 1978, 14; M. BELÉN-M. FERNÁNDEZ MIRANDA-J. P. GARRIDO, op. cit., 370-373.

73. M. PELLICER, op. cit. (en prensa); J. DE M. CARRIAZO-K. RADDATZ, en *MM*, 2, 1961, 101-104.

Veamos qué significado tiene, pues, el período orientalizante para el desarrollo de las comunidades protourbanas del sur de España. En primer lugar, es innegable que el impacto de una cultura netamente urbana y más avanzada como la fenicia sobre las comunidades tartésicas básicamente ganaderas a partir de los siglos VIII y VII a. C. incide de modo particular en sus estructuras económicas y en su cultura material, con las consiguientes transformaciones de tipo social e ideológico que, sin embargo, conservarán una raíz profundamente tradicional. De hecho, las transformaciones en la economía de estos poblados acentuará la diferenciación social ya existente en la población y puede decirse que la inmensa mayoría de los préstamos culturales introducidos en el mundo tartésico a partir del litoral fenicio afectan sobre todo al estamento aristocrático de la población. Los avances técnicos propios de este proceso de «aculturación» se dan de forma paulatina y muy tarde, como se ha visto entre otros en la adopción del torno, en el perfeccionamiento de las técnicas de construcción, etc. La difusión de elementos orientales, por otra parte, no se extiende a la totalidad de la población tartésica, en la que perduran formas de tradición del Bronce final hasta el siglo VI a. C. La dinámica del cambio cultural alcanza, pues, a un sector muy limitado de población, con lo que no creemos que pueda hablarse ni de «proceso de aculturación» propiamente dicho ni de profundos cambios culturales. Los sistemas funerarios y las tradiciones ideológicas, que durante el período orientalizante entran en una auténtica fase de transición o desintegración, no se ven básicamente afectados por la influencia fenicia y todo parece indicar que las mayores transformaciones en el hábitat y poblamiento de estas comunidades, así como el inicio del proceso de diferenciación social, han tenido lugar mucho antes de la influencia oriental fenicia. Son sobre todo los deseos de prestigio de la aristocracia tartésica los factores que con más fuerza estimularán el proceso de difusión y asimilación de las costumbres y formas orientales, por lo que cabe hablar más de un cambio en el estilo de vida de los sectores económicamente más poderosos, que en un cambio cultural generalizado en el área tartésica bajo la influencia fenicia.

Durante el período orientalizante se acelera el proceso histórico protourbano de las poblaciones del interior, pero las comunidades tartésicas representan, dentro de la evolución hacia formas de vida urbana, una fase típica de transición, toda vez que sus estructuras culturales características — sociedad tribal, un sistema social basado en jefes de tribu o régulos, una acusada jerarquización social, avances culturales y tecnológicos, expansión territorial, incremento demográfico, mayor productividad, mayor especialización de la producción,

una cierta organización de la labor colectiva y, acaso, territorios y límites más definidos — constituyen elementos típicos de un período protourbano.⁷⁴

A nuestro juicio, el período orientalizante supone un avance decisivo en la evolución de estas poblaciones protoibéricas meridionales, cuyo proceso interno hacia formas de vida urbana, por desarrollarse en un momento relativamente tardío con relación a la influencia cultural fenicia, se ve interrumpido a raíz de los cambios políticos que se producen en el Mediterráneo occidental a partir del siglo VI a. C. Los inicios de la cultura ibérica y de la vida urbana serán posibles, en gran parte, gracias a las bases socioeconómicas establecidas por el intermediario tartésico durante los siglos VII y VI a. C., pero no puede afirmarse que sean consecuencia inmediata y directa de ellas. Como diría algún autor,⁷⁵ será la matriz griega desde el sudeste la que estimulará la cultura ibérica urbana en la Alta Andalucía.

74. Para estos temas, cf. J. EVANS, *Village, town, city*, en G. DE G. SIEVECKING (ed.), *Problems in Economic and Social Archaeology*, 1976, 509-510; C. RENFREW, op. cit., 1973, 542-543; P. J. UCKO-G. W. DIMBLEBY (ed.), *Man, settlement and urbanism*, 1972, 601, 735 y 827 ss.; cf., igualmente, *Formazione della città nel Lazio* (Coloquio Museo delle Terme, Roma 1977), en prensa.

75. A. BLANCO, *Orientalia II*, en *AEArq.*, 33, 1960, 36.